

## TÍTULO. LA SONRISA DEL AMENECER, LA ALEGRÍA DEL ATARDECER.

Pseudónimo. Di Iria.

Eva, al salir de casa, le daba mano a su hija y caminaban despacio hasta el colegio de educación especial en el que era escolarizada. A Sofía le daba confianza el calor que le transmitía la mano de su madre y tenía la sensación de que también le abrazaba el corazón.

Sofía escuchaba atenta los saludos y los diálogos que su madre mantenía con familiares, amigos y vecinos. También le llamaba la atención cómo se despedía sonriendo. En ningún momento y en ninguna situación Eva ocultaba la alegría y la ilusión con la que amaba y quería a su hija y eso lo percibía Sofía.

Madre e hija, o bien con el colegio de educación especial o bien solas, hacían actividades de todo tipo; deportivas, culturales, etc. Muchas de esas actividades las hacían los fines de semana y era emocionante ver cómo iban juntas a las galerías de arte o las exposiciones temporales de algunos de los museos.

Sofía y Eva atendían las explicaciones de los guías cualificados para trabajar con personas síndrome de Down. Solo veían dos o tres cuadros. La madre de Sofía se emocionaba al ver cómo su hija se divertía y cómo hacía preguntas interesantes y sencillas acerca de algunos detalles que, probablemente, para muchas personas no tienen importancia y pasan desapercibidas; sin embargo, para ella, y seguro que también para el artista, esas preguntas reparaban en algún importante detalle.

- *Mira Sofía, y la situaba justo en frente de la obra de arte, ¿has visto que cuadro más bonito?*

Sofía le daba un beso a su madre, hacía algún gesto de agradecimiento y respondía:

- *Sí mamá; me gustan los colores y el cielo. ¿Atardece o anochece?*

El guía sorprendido le dijo:

- *Pues ese es el secreto del cuadro y lo que quiso hacer el artista; que no sepamos muy bien si es un atardecer o amanecer. ¡Muy bien Sofía!*

Luego continuó hablando Sofía:

- *Pero, ¿no tiene nombre?*

El guía sorprendido le dijo:

- *¡Sofía genial! ¡No tiene nombre porque es un cuadro anónimo!*

Y la madre, que le daba la mano a su hija y se la acariciaba, le respondía:

- *¡Qué bonita eres y qué sensibilidad! Sofía eres admirable.*

Luego volvían a casa con la misma alegría y la misma sonrisa con las que ellas dibujaban el atardecer y el amanecer de sus vidas.